

Biodiversidad, Educación Y Una Nueva Ética Ambiental

Posgrado y Sociedad

Sistema de Estudios de Posgrado

Universidad Estatal a Distancia

ISSN 1659 – 178X

Costa Rica

zmendez@uned.ac.cr

**BIODIVERSIDAD, EDUCACIÓN Y UNA NUEVA ÉTICA
AMBIENTAL**

BIODIVERSITY, EDUCATION AND A NEW ENVIRONMENTAL ETHICS

Rodrigo Gámez L.

Volumen 8, Número 1

Marzo 2008

pp. 01 - 20

BIODIVERSIDAD, EDUCACIÓN Y UNA NUEVA ÉTICA AMBIENTAL

BIODIVERSITY, EDUCATION AND A NEW ENVIRONMENTAL ETHICS

Rodrigo Gómez L.
Instituto Nacional de Biodiversidad

Resumen

La ética ambiental trata los problemas de la relación entre el ser humano y la naturaleza. El más urgente de esos problemas es la pérdida de biodiversidad, barrera importante para el cumplimiento de las metas del Milenio establecidas en Johannesburgo en 2002. Una enseñanza clave de la biología, con implicación directa para la ética ambiental, es que la humanidad coevolucionó con el resto de la naturaleza, es parte del ella. Costa Rica es de los países que más han logrado en este campo, gracias a su educación ambiental, y en este país más personas visitan los parques nacionales que los estadios de fútbol. Para mejorar nuestra salud es necesario traer la naturaleza a las ciudades y pueblos. Actuar según la ética ambiental es una tarea que corresponde tanto al gobierno, como a la empresa privada y a cada persona en particular.

Palabras clave: COSTA RICA, ÉTICA AMBIENTAL, EDUCACIÓN, BIODIVERSIDAD, ENSAYO.

Abstract

Environmental ethics deals with problems that arise from the human-Nature relationship. The most pressing of such problems is the loss of biodiversity, an important obstacle to the fulfillment of the Millennium Goals established in Joannesburg in 20002. A key teaching of biology, with direct bearing on environmental ethics, is that humanity coevolved with the rest of nature, and is part of it. Costa Rica is among the most accomplished countries in this field, thanks to its environmental education: a country where more people visit the national parks than the football stadiums. To improve our health we need to bring nature into the towns and cities. Acting ethically towards the environment is a goal for government, private bussiness and individuals.

Keywords: COSTA RICA, ENVIRONMENTAL ETHICS, EDUCATION, BIODIVERSITY, ESSAY.

Introducción

Existe una relación muy directa entre los temas de educación y biodiversidad, entendida esta última como la variedad de formas de vida que existen sobre la tierra.

Ciertamente la biodiversidad puede ser objeto de estudio por sí misma, con el fin de incrementar nuestro conocimiento científico sobre la naturaleza y la vida en el planeta. Esto se da, en mayor o menor grado, en los procesos formales de educación, de la escuela al colegio y a la universidad; en esta dimensión, resulta fundamental e inclusive deberá incrementarse y profundizarse.

El aprendizaje sobre biodiversidad puede a la vez convertirse en un proceso recreativo (lúdico), a partir de enfoques como el de la exploración y el descubrimiento, dado el interés innato o la afinidad del ser humano por la naturaleza y las características particulares y detalles asombrosos que esta posee. En este sentido, como proceso educativo no formal, es posible en muy diferentes sitios, ocasiones y para grupos de muy diversa edad.

Existe también otra dimensión de la relación educación-biodiversidad formal o no formal, que va más allá del brindar conocimientos o de hacerlo desde una función recreativa. Esta es la de educar sobre el tema de la biodiversidad, con el fin último de construir una nueva ética ambiental; es decir, promover una ética de conservación para construir una sociedad cuyos valores se fundamenten en el respeto a la vida en todas sus formas. Este gran objetivo puede ligarse a los enfoques educativos antes mencionados.

El concepto de ética ambiental ha sido definido por varios autores. Según Marcos (2001), es la reflexión racional y práctica sobre los problemas derivados de la relación del ser humano con la naturaleza.

Como es conocido, enfrentamos un grave problema ambiental. La falta de comprensión del medio natural que nos rodea y de nuestra relación con éste, ha llevado a la humanidad a una crisis ambiental cuyas consecuencias representan ya una seria amenaza para la vida en la tierra, incluyéndonos nosotros mismos.

Quizá el meollo de todo este problema sea que los humanos debemos comenzar a sentirnos verdaderamente parte de la naturaleza, aprender a respetarla y, por ende, respetarnos a nosotros mismos. Esto sólo podrá alcanzarse mediante la educación. Baba Dioum, un conservacionista senegalés lo expresó muy bien al decir "...en última instancia conservamos lo que amamos, amamos lo que conocemos, conocemos lo que se nos ha enseñando"

El tema de la pérdida de biodiversidad y su impacto en nuestras vidas es parte integral del así llamado "cambio global" (Boada y Saurí, 2002; Duarte, 2006). Un cambio desencadenado por los humanos en nuestro planeta cuyo impacto en la vida en la tierra se verifica de muy diversas maneras. Además de la pérdida de biodiversidad, tenemos serios problemas ambientales entre los cuales se incluyen: el calentamiento global, el crecimiento y sobrepoblación humanas, la pobreza y la salud, el uso y disponibilidad de combustibles fósiles, el agua de calidad y en cantidad adecuadas, la pérdida de suelos agrícolas y el decrecimiento de los recursos alimentarios, la contaminación del aire y los desechos sólidos, entre otros.

Es crítico entender cómo independientemente de su costo y complejidad técnica, todos los problemas antes mencionados tienen solución, excepto la pérdida de biodiversidad. Cuando una especie o un ecosistema se extingue, es

para siempre. Y los humanos dependemos enteramente de la biodiversidad, de sus genes, sus especies y de sus ecosistemas.

Desde esta perspectiva, en este artículo se hacen algunas reflexiones sobre la importancia de la relación entre la educación, la biodiversidad y el futuro de la vida en la tierra y se destaca la necesidad de una nueva ética ambiental. Esto en cuanto el contar con conocimientos de la materia y del problema del cambio global que nos amenaza, no ha sido suficiente para cambiar las actitudes y el comportamiento humano.

Este escrito no constituye un análisis de un especialista en educación y ética. Son meras reflexiones que se derivan en gran medida del aprendizaje y experiencias del autor en casi dos décadas de trabajo en la gestión de la biodiversidad en Costa Rica.

El problema ambiental como problema ético

Desde hace ya varias décadas, numerosos estudios de carácter científico principalmente, han documentado diversos problemas ambientales que inciden de una manera u otra en la pérdida de la biodiversidad en el planeta. Sistemáticamente, los investigadores han llamado vehementemente la atención a los sectores políticos, económicos y empresariales, sobre las severas consecuencias de esta pérdida para la humanidad (hecho cuya verificación es ya una realidad).

Efectivamente, a raíz de estas denuncias y advertencias, se han generado un gran número de iniciativas y acuerdos políticos internacionales para enfrentar las crecientes amenazas, tanto en materia de biodiversidad como sobre el tema ambiental global. Boada y Saurí (2002), presentan una relación comprensiva de estos esfuerzos, la cual se resume a continuación.

Existe un alto grado de consenso en señalar la publicación de la obra "*Silent Spring*", de Rachel Carson en 1960 como un punto de inflexión en nuestra visión del mundo, pues demostró el impacto de la contaminación química de pesticidas sobre los humanos y el entorno natural. Hasta ese momento, las sociedades modernas creíamos poder hacer cualquier cosa con la naturaleza y que esta de alguna manera absorbería los impactos negativos de nuestras actividades.

Desde "*Silent Spring*" en adelante, empiezan a sucederse eventos políticos nacionales e internacionales donde se analiza el impacto humano en el mundo natural y sus consecuencias e igualmente se proponen soluciones para enfrentarlo.

El Informe del Club de Roma de 1972, el cual trata de los límites del crecimiento, es seguido el mismo año por la Primera Conferencia Mundial sobre el Medio Ambiente, celebrada en Estocolmo. Aquí se destaca la importancia de una estrategia fundamentada en "educar para comprender el mundo". El papel de la educación ambiental fue entonces considerado prioritario, percepción que lamentablemente decreció en años posteriores.

En 1980, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, en unión de dos grandes organizaciones conservacionistas internacionales (WWF y UICN), preparó la *Estrategia Mundial para la Conservación*. Esta se constituyó como un marco intelectual y una guía práctica para las acciones, cuyo emprendimiento era necesario para enfrentar el creciente problema ambiental global. Fue en realidad una primera propuesta formal para el desarrollo sostenible.

Como resultado de un acuerdo tomado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1983, se crea la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, la cual en 1987 publica el estudio denominado "Nuestro Futuro

Común" (conocido como el Informe Brundtland). Este estudio documenta de manera muy sólida la magnitud del problema ambiental y las tendencias de deterioro, cada vez más evidentes. Desde ese momento, el tema del desarrollo sostenible se define claramente y empieza a emerger en las agendas políticas nacionales e internacionales, donde se ha mantenido desde entonces.

Todos esos estudios y frecuentes llamados de atención de muy diversas instancias sobre la creciente seriedad del problema ambiental, llevaron a la Organización de las Naciones Unidas a celebrar la histórica Cumbre Mundial de Río de Janeiro, en 1992. En dicha actividad, se reconoció formalmente la compleja interrelación de los problemas sociales, económicos y ambientales del mundo. Se suscribieron el "Convenio sobre la Diversidad Biológica, el Convenio Marco sobre Cambio Climático" y la "Agenda 21", un plan de acción sobre temas ambientales, sociales y económicos.

Las decisiones y acuerdos tomados en dicha cumbre despertaron un clima de optimismo por el cual se esperaba que el mundo en general y el mundo industrializado en particular, reaccionaría efectivamente ante la problemática ambiental, mediante la puesta en práctica de los acuerdos y medidas requeridas para solucionarla.

En el 2002, a diez años de la Cumbre de Río, se realiza la Cumbre de Johannesburgo (Río + 10). Esta segunda cumbre constata el fracaso mundial en la búsqueda de un modelo de desarrollo sostenible. En esa década, el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, los dos indicadores objeto de acuerdo en Río, incrementaron sistemáticamente su deterioro.

Hoy en día, quince años después de la celebración de la Cumbre de Río, el ritmo de deterioro y pérdida de la diversidad biológica se ha mantenido o aumentado en el planeta, igualmente el del cambio climático o el cambio global como un todo. En otras palabras, estos encuentros, como muchos otros acuerdos,

instancias y convenios de carácter nacional e internacional, no lograron cambiar la tendencia hacia el detrimento ambiental.

La reciente publicación del *Millenium Ecosystem Assessment* (MEA) (2005), una iniciativa también de las Naciones Unidas sobre el estado global de la salud de los ecosistemas, documenta rigurosamente el grado de deterioro de éstos y sus consecuencias para los humanos.

El informe empieza por resaltar el hecho de nuestra dependencia total de la naturaleza y de los servicios de los ecosistemas, los cuales nos brindan las condiciones requeridas para una vida decente, saludable y segura. Sin estos servicios vitales, las consecuencias resultarán trágicas, tanto para la humanidad como para todos los seres vivos habitantes de la tierra.

El estudio documenta científicamente cómo esta realidad se ha ignorado. En las últimas décadas, los humanos hemos realizado cambios en los ecosistemas, sin precedentes en la historia de la tierra; ello, con el fin de satisfacer las crecientes demandas de alimentos, agua potable, fibras y energía.

Sin duda, estas modificaciones han contribuido a mejorar las vidas de millones de personas, pero al mismo tiempo han debilitado la capacidad de la naturaleza para suplir otros servicios vitales: como la purificación del aire y del agua, la protección de desastres y el suministro de medicinas naturales.

Las actividades humanas han llevado al planeta al borde de una ola masiva de extinción de especies, lo cual amenaza aún más nuestro propio bienestar. De hecho, ya se reconoce el ingreso en la Sexta Extinción masiva de la historia de la vida en la tierra. Como lo señala el MEA, esta pérdida de especies y de servicios de los ecosistemas constituye además una barrera para el cumplimiento de las Metas del Milenio establecidas en Johannesburgo en el 2002, de reducir la pobreza, el hambre y la enfermedad.

El MEA concluye que las presiones sobre los ecosistemas se incrementarán globalmente en las próximas décadas, a menos que las actitudes y las acciones humanas cambien radicalmente.

De esta forma, casi cincuenta años después de la publicación de "*Silent Spring*", si bien se reconoce el problema ambiental como un hecho real y de seriedad, la mayor parte de la humanidad - con notorias excepciones- no ha cambiado su comportamiento en el mundo natural circundante, del cual depende su propia existencia.

Resulta entonces lógico plantearnos la pregunta ¿por qué los avances en la búsqueda de soluciones al problema ambiental han sido tan limitados? Esto a pesar de tener tanta información disponible desde hace tanto tiempo y luego de haber concertado numerosos acuerdos y convenios políticos a escala mundial, en busca de ese nuevo modelo de desarrollo tan urgentemente requerido.

La respuesta a la interrogante es difícil, pero parece que el contar con información y conocimiento no ha sido suficiente para lograr el cambio radical de comportamiento necesario, no sólo de quienes tienen el poder de orientar a países y agrupaciones por la senda de la sostenibilidad, sino de todos los sectores de la sociedad.

Hay una actitud de negación, de evasiva, de señalar excusas para hacernos creer que el asunto es a muy largo plazo. Hemos afirmado nuestro carácter antropocentrista; nuestros intereses han prevalecido sobre todo lo demás y se ha ignorado el costo que dicha postura ha tenido, está teniendo y tendrá en el futuro cercano.

Ya en 1993 el connotado científico E. O. Wilson, en un ensayo titulado "¿Es la humanidad suicida?" (Wilson, 1996), buscaba una respuesta ante esta difícil

pregunta. En su análisis concluye cómo, aunque no somos suicidas, nuestros patrones de comportamiento que biológicamente nos hicieron muy exitosos como especie, requieren un cambio radical cuya verificación depende de una nueva ética ambiental capaz de reorientar nuestras actuaciones.

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo de la literatura existente sobre el tema, un número creciente de autoridades coinciden en señalar, en última instancia, el problema ambiental como un problema ético. (Duarte, 2006; DiCatri y Younes, 1996; Folch, 1998; Goodall, 2000; Millenium Ecosystem Assessment, 2005; Raven, 1997; Wilson, 1984, 1992, 2002, 2006).

En otras palabras, nuestros principios de moralidad y las reglas de conducta de nuestras acciones en relación con la naturaleza, con el mundo vivo a nuestro derredor, deben basarse en la premisa de que somos parte de dicho mundo y consecuentemente, la vida de otros seres merece tanto respeto como la nuestra. Esa ética deben orientarnos en el corto, mediano y largo plazo.

Se reconoce un consenso con Wilson (1992), quien señala que las personas, particularmente en los ambientes urbanos, hemos perdido la noción de ser parte de la naturaleza y depender de ella para nuestra misma existencia. Somos muy ignorantes sobre nuestros propios orígenes como especie, aunque coincidamos en no ser descendientes de extraterrestres.

La sólida evidencia biológica y particularmente genética, mediante la cual se demuestra cómo los humanos somos parte de la naturaleza viviente, estrechamente relacionados con otras especies, debería conformar nuestro saber y entender fundamentales. Resulta imperativo entender la coevolución de la humanidad con el resto de los seres vivos en este planeta (que verdaderamente nos sintamos parte de la naturaleza).

Esa nueva ética ambiental permitiría asegurar no sólo la preservación de nuestra propia especie, sino también la del resto que pueblan la tierra (Wilson, 1992).

Desde una perspectiva pragmática, la ética ambiental cambiará nuestra cultura, de manera que tomemos decisiones más allá de nuestro bienestar y considerando el de todos los seres vivos. Será una cultura ambiental donde se reflejen nuestros conocimientos, habilidades, actitudes, para pasar de la teoría a la acción, a favor del ambiente. En ese momento, empezaremos a resolver, de forma más permanente y solidaria, la problemática ocasionada en nuestro entorno y verdaderamente conservaremos la biodiversidad.

La Educación y la construcción de una nueva ética ambiental

La construcción de esa nueva ética es sin duda uno de nuestros mayores retos. Ahora bien, este esfuerzo será más factible a nivel de país o de sociedades que compartan identidad cultural y otros valores y costumbres.

Costa Rica, por su tamaño, su interés y logros en el tema ambiental, además de las características de sus instituciones y de su sistema educativo, está en una posición ideal para redoblar esfuerzos de manera que las experiencias aisladas se integren y se logre consolidar un proceso formal de desarrollo de esa nueva ética. Debemos reconocer nuestras fortalezas, pero igualmente nuestras debilidades.

Entre las principales fortalezas radican: los valores y temas transversales aprobados por el Ministerio de Educación Pública, cuyo proceso de incorporación en el sistema educativo formal ha iniciado; los más de diez años de trabajo y logros concretos para incluir la dimensión ambiental en los planes de estudio de las universidades estatales; las acciones de ONG y otras instituciones en apoyo al

sistema educativo formal y no formal; finalmente, la "Iniciativa de Paz con la Naturaleza", planteada por el Gobierno este año, la cual ha integrado a actores clave en la tarea de emplear la educación como vehículo para gestar una auténtica ciudadanía ambiental. Este último esfuerzo podría incidir en la promoción de esa nueva ética en el país.

Nuestra principal debilidad es la dificultad de continuar, en la mayoría de los casos, con proyectos y programas de un gobierno a otro. Existen numerosos ejemplos de valiosísimas y oportunas ideas e iniciativas postergadas al darse un cambio de gabinete.

El país puede mostrar logros importantes en el campo de la protección de su biodiversidad en áreas silvestres, su conocimiento y su utilización inteligente. Sin embargo, entre los pendientes podemos señalar el trato y empleo de nuestros recursos naturales y nuestro territorio, lo cual afecta directa y seriamente el futuro de nuestra biodiversidad (Gámez y Obando, 2004).

Por otra parte -y siendo optimistas- podemos afirmar un reconocimiento del problema a nivel nacional y una conciencia de que su solución debe involucrar a todos los sectores de la sociedad. Es interesante observar, desde esta perspectiva, cuanto de manera espontánea hemos hecho en las últimas décadas por entender mejor el problema. Se han realizado varios ejercicios importantes de análisis de situación y visión de futuro en materia ambiental, como por ejemplo la Costa Rica del Año 2000, en 1977; La Estrategia Nacional de Desarrollo Sostenible, en 1988; Del Bosque a la Sociedad, en 1994; y como se mencionó anteriormente, más recientemente, Paz con la Naturaleza, en 2007.

En todos los casos, se destaca el papel fundamental de la educación, pero -tal y como se plantea en este artículo- esta educación debe explícitamente ir más allá de informar, para sobre todo promover cambios en las actitudes y en el comportamiento del individuo.

Los costarricenses debemos trabajar arduamente para lograr una mayor congruencia entre cuanto se piensa y cuanto se hace. Si bien se reconocen esfuerzos, pudimos haber hecho más de lo que dijimos tener que hacer.

Resulta interesante notar cómo al comparar el esfuerzo, avances y logros teóricos y prácticos alcanzados por el país en materia ambiental y, específicamente, en materia de biodiversidad, con los de otros países con índices de desarrollo humano aún mayores, nuestros indicadores nos colocan en los primeros lugares (Gámez y Obando, 2004). Tal situación debería motivar una superación de nuestras propias iniciativas.

Una preocupación por nuestro futuro y el del resto de las especies que pueblan nuestro territorio constituye un logro importante en sí mismo. Tal inquietud atraviesa hoy un sector importante de la población, pues existe en el país un grado notable de interés, preocupación y conocimiento sobre la materia en muy diversos grupos de nuestra sociedad. Somos inclusive severamente críticos con nosotros mismos, sobre cuanto hacemos y no hemos hecho. Esto es algo positivo.

Me atrevería a especular que todo esto se ha logrado porque en nuestra sociedad ya tenemos algunos elementos quizás, no explicitados, de esa ética ambiental de la cual hablamos. Esto nos motiva a muchos a actuar de determinada forma en asuntos del ambiente y de biodiversidad, en particular.

Según E. O. Wilson (1984), existe en los humanos la "biofilia", una afiliación innata y emocional hacia los otros seres vivos de nuestra tierra y hacia los entornos naturales donde estos se encuentran. De acuerdo con nuestras reglas de aprendizaje particulares, esos sentimientos tienen un rango emocional amplio, desde la atracción hasta la aversión, desde el asombro hasta la indiferencia, desde la paz hacia el temor y la ansiedad.

En casos positivos, esta afiliación se manifiesta en ejemplos como los siguientes: en Costa Rica, más gente visita parques y sitios donde la naturaleza es la atracción frente a quienes asisten a los estadios a ver fútbol (Gámez, 2004); el INBioparque, un parque educativo-recreativo sobre biodiversidad, se ha constituido en un sitio de recreación para la familia costarricense. Esta situación también se presenta en los Estados Unidos y Canadá, donde los visitantes de zoológicos, parques y jardines superan a los asistentes a todos los espectáculos deportivos combinados.

El disfrute de la naturaleza se evidencia en hechos como las predilecciones en la programación vacacional; en este sentido se opta por lugares, tales como playas, montañas, ríos, volcanes o lagos. Estos lugares se eligen para disfrutar del paisaje y su belleza, de la tranquilidad, del aire limpio y fresco, de un ambiente relajante sin ruidos ni distracciones. Hay, como se ha demostrado reiteradamente, un beneficio para la salud física y mental. Se señala incluso, cómo la recuperación de una persona enferma es más rápida si tiene alguna forma de contacto, aunque sea sólo visual, con la naturaleza.

Por esta razón también empieza a mostrarse un interés creciente en la construcción de espacios verdes en áreas urbanas. Está bien documentado el hecho de que la calidad de vida de la gente de la ciudad, con oportunidades para disfrutar de dichos espacios, es mayor que la de quienes no los tienen. Nuestro parque de La Sabana ilustra esta circunstancia.

Cuanto de una manera u otra hemos tenido un contacto cercano con niños, ya sea como educadores, padres o familiares, podemos dar fe de lo marcada que es en ellos esa afiliación al mundo natural. Es fácil atraer y sostener la atención de los pequeños con algo natural, especialmente con animales. No es de sorprenderse entonces la existencia de tantos juguetes de animales o del uso de animales como mascotas.

En un estudio realizado en los Estados Unidos y en Colombia, dado a conocer recientemente (Anónimo, 2006), se ha demostrado que el crecer alejado de la naturaleza tiene implicaciones directas en la salud física y mental de los niños. Los autores emplean el término "déficit de naturaleza" para referirse a esa falta de contacto. Pero cuando dicha relación se da, se ha demostrado un estímulo armonioso para el desarrollo de los cinco sentidos. Por el contrario, cuando se carece de este vínculo, surgen los problemas de salud o de comportamiento. Evidentemente, el juego informal y abierto en el campo, sin estructuración, límites de tiempo u objetivos específicos, estimula de manera muy apropiada y desarrolla armoniosamente los sentidos e influencia positivamente el comportamiento.

El estar rodeado por la naturaleza constituye evidentemente un ambiente más "natural" y familiar para el aprendizaje, en contraposición de los sitios cerrados con los medios modernos de comunicación, como computadoras, televisores y otros dispositivos electrónicos abundantes en las escuelas y hogares modernos.

Esa afinidad, esa biofilia tan evidente en niños y gente joven, precisamente, conduce a especialistas tan connotados como la bióloga y conservacionista Jane Goodall (2000) a considerar la energía y el entusiasmo que por su fuerte afiliación con la naturaleza pueden desarrollar y aportar los jóvenes, como una de las cuatro razones para tener esperanza en el cambio de los humanos para su bien y para salvar la vida en la tierra, la nuestra incluida.

Estos hechos citados señalan la factibilidad de éxito de un proceso educativo, enfocado hacia gente joven, con el propósito de desarrollar esa ansiada ética ambiental. Ya muchos educadores lo saben por su propia experiencia.

Naturalmente es indispensable seguir trabajando con los adultos, particularmente, con los maestros quienes deberían ser los más convencidos de la necesidad de emplear la educación para el desarrollo de esta nueva ética.

Por otra parte, existe otro tema interesante y relevante: el papel de la religión en el tema ambiental. La religión fue central en la vida de nuestros antepasados y en ella la biodiversidad tuvo un papel medular. Con el tiempo, esa posición de lo religioso en la vida cotidiana disminuyó o se perdió. Hoy día, se empieza a dar el creciente consenso en Norte América -y probablemente en otros sitios- de que las religiones tienen también un papel fundamental en esta lucha por salvar el mundo natural. Wilson (2002; 2006) ha venido planteando la idea de que la ciencia y la religión pueden encontrar una causa común en salvar "la Creación". Es decir, independientemente del punto de vista religioso de cuándo y cómo apareció la vida en la tierra, como un acto de un ser superior o como producto de la evolución, según los científicos, hay un punto común: estamos destruyendo la Creación, de la cual todos somos parte.

De esta forma, ese cambio procurado en nuestros patrones de comportamiento hacia la vida en la tierra coincide con el punto de vista religioso de salvar la obra del creador. Por ende, la religión podría constituirse en un poderoso aliado en esta causa, precisamente por tratar de asuntos de ética, valores y moralidad.

El desarrollo de una nueva ética ambiental es un enorme reto para cualquier sistema educativo (Duarte, 2006). El cómo lograrlo es una pregunta nada fácil de responder. Algunos hemos pensado, como un aporte a este proceso de exploración metodológica, que el concepto e idea de la "bioalfabetización" puede ayudarnos en esa búsqueda.

La "bioalfabetización" la hemos definido como "un proceso de aprendizaje vivencial a través del tiempo, que permita al individuo valorar la biodiversidad,

adoptar una ética de respeto a la vida y a asumir su responsabilidad en el manejo y conservación de todos los seres vivos y sus ecosistemas" (Gámez, 1999). Es decir, en función de un aprendizaje vivencial y continuo, podremos aprender a amar y a identificarnos como parte de la naturaleza desarrollando esos nuevos valores por los cuales la respetaremos y conservaremos, asumiendo de manera congruente una responsabilidad como personas.

En esencia, estaríamos buscando la formación de "ciudadanos naturalistas"; hacer de todos los costarricenses individuos que compartimos, como parte de nuestra identidad y nuestra cultura, un profundo compromiso con la conservación de nuestra biodiversidad y nuestra naturaleza y reflejarlo en nuestras acciones.

Una tarea de todos

Sin duda estamos frente a un enorme reto y en gran medida, también en una carrera contra el tiempo. El cambio climático se manifiesta con una velocidad creciente, esto acelera la pérdida de la biodiversidad y de los servicios de los ecosistemas de los cuales depende la vida en la tierra, la nuestra incluida. Por ello, los expertos consideran que entramos en la Sexta Extinción de la historia de la tierra, como mencioné anteriormente.

Por todos los medios posibles, debemos convencernos de realizar esta tarea de cambiar nuestra ética, nuestra relación con la naturaleza y sólo mediante la educación de las presentes y futuras generaciones podremos lograrlo. Este reto involucra a todos los sectores de la sociedad, particularmente el gubernamental y el sistema educativo en especial, pero sin excluir ningún otro. Deberá ser algo de interés común.

Para un grupo de la población, el hacerlo por razones religiosas tendrá mucho sentido. Para el sector productivo privado podrá verse como parte de una responsabilidad social corporativa o como un buen emprendimiento.

En última instancia, el éxito de esta nueva ética ambiental dependerá de la actuación de todos, para lograr superar los obstáculos, reales o no, que impiden el cambio de nuestro comportamiento cotidiano. Debemos entender que tenemos obligaciones tanto personales como colectivas con el ambiente y estas son insoslayables.

Este es el momento del cambio. Llegó la hora de entender que la ética ambiental nace de la persona y no del gobierno.

El definir y poner en práctica esa nueva ética podría, al igual que Polaris, la estrella del Norte, convertirse en una especie de faro para señalarnos el rumbo por el cual deberíamos seguir en la búsqueda de ese nuevo modelo de desarrollo requerido por nuestro país, algo esencial en la búsqueda de esa "Paz con la Naturaleza" que ya hemos iniciado. Quizás, podríamos ayudar incluso a otros países en la búsqueda de esa senda, para bien de la naturaleza y de la humanidad.

Referencias Bibliográficas

Vivir sin aire (2006). Recuperado en Noviembre 7, 2007 en el sitio web [Semana.com](http://www.semana.com/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=91480). en http://www.semana.com/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=91480)

Boada, M. & Saurí, D. (2002). *El cambio global*. Barcelona: Rubes S.L.

Di Castri, F. y Younes, T. (Eds) (1996). *Biodiversity, science and development*. Cambridge: CAB International.

- Duarte, C. M. (Coord.). (2006). *Cambio global*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Folch, R. (1998). *Ambiente, emoción y ética*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Gámez, R. (1999). *De biodiversidad, gentes y utopías*. Heredia: Editorial Instituto Nacional de Biodiversidad.
- Gámez, R. (2004). Le ganamos al fútbol. *El Financiero*. (478), 23
- Gámez, R. & Obando, V. (2004). *La biodiversidad*. En Rodríguez, E. (Ed.). *La Costa Rica en el Siglo XX*. (Tomo II, pp. 139-191). San José: Universidad Estatal a Distancia.
- Goodall, J. (2000). *Reason for hope*. Nueva York: Warner Books.
- Marcos, A. (2001). *Ética Ambiental*. España: Universidad de Valladolid
- Millenium Ecosystem Assessment. (2005). *Ecosystems and human well-being: Biodiversity synthesis*. Washington, D.C.: World Resources Institute.
- Raven, P.H. (Ed.) (1997). *Nature and human society: The quest for a sustainable world*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- Wilson, E. (1984). *Biophilia*. London: Harvard University Press.
- Wilson, E. (1992). *The diversity of life*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Wilson, E. (1996). *Is humanity suicidal?*. Londres: Pinguin Press.
- Wilson, E. (2002). *The future of life*. Nueva York: A.A. Knopf.

Wilson, E. (2006). *The creation*. Nueva York: Norton.

Notas sobre el autor

Rodrigo Gómez L

Actualmente es el director del INBio Parque. Ha recibido importantes premios en el ámbito de la biología entre los que destacan: Premio Interamericano en Ciencias Dr. Bernard Houssay por parte de la Organización de Estados Americanos. Reconocimiento de Honor Banesto de la Fundación Cultural Banesto de España por la contribución a la conservación de la naturaleza, al desarrollo sostenible y al liderazgo en la conceptualización e implementación del INBio. Premio al Costarricense Distinguido. Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, por su labor en las ciencias y la conservación de los recursos naturales, entre otros.

Artículo recibido: 30 de enero 2008

Aprobado: 8 febrero 2008